

SARAJEVO

esquina

MONTEVIDEO

(EL PUENTE)

de Gabriel Peveroni

FINALISTA PREMIO “DRAMATURGIA INNOVADORA” CASA DE AMÉRICA DE ESPAÑA
2002

El Puente fue concebido en sus orígenes como un unipersonal que relataba las últimas horas de Bora Parzic, un matemático croata internado en un psiquiátrico de Sarajevo en los días del sitio serbio a la capital bosnia. Bora estaba obsesionado con los puentes. Y el actor que lo interpreta no saldrá ileso de entrar en el personaje de Bora. Uno a uno ingresan todos los fantasmas –del personaje y también del actor- que delinear diferentes historias paralelas, lazos que unen la desesperación en una ciudad sitiada con la búsqueda de identidad de descendientes de inmigrantes yugoslavos en Montevideo. Uno a uno, esos fantasmas se transforman en personajes que cobrarán vida en el escenario: la madre del actor, la psiquiatra que atiende a Bora, un camarógrafo que cubre el drama de la guerra de los Balcanes, una pareja integrada por una adolescente musulmana y un joven serbio, y una niña huérfana.

Los primeros bocetos de *El Puente* encontraron primero a un actor: Iván Solarich.

Sin conocerlo personalmente –apenas unos retazos de su aventura personal- los primeros monólogos me llevaron a jugar libremente en la dualidad Bora-Actor, que implicaba en distintas líneas del relato dramático trabajar en la memoria emocional de tantos descendientes de emigrantes yugoslavos de la barriada del Cerro. Uno de ellos es precisamente Solarich.

Finalizada la escritura, *El Puente* encontró una “traductora” escénica: María Dodera.

Ella se encargó de crear el espectáculo, de darle forma teatral al juego coral de los distintos personajes que rodean las obsesiones de Bora y del actor que lo interpreta. Ella es en definitiva la mediadora entre el texto y el público, la creadora del espectáculo *Sarajevo esquina Montevideo*, junto a Solarich y al resto del elenco.

De los pocos ensayos que presencié en Puerto Luna me queda la sensación de choque, de estar frente a un canto desesperado contra la irracionalidad de la guerra, de emocionarme al sentir la energía de cada uno de los actores y actrices.

Quedan todos ustedes invitados a la lectura de *Sarajevo esquina Montevideo*.

Gabriel Peveroni

“*Sarajevo esquina Montevideo* es ficción dentro de otra ficción y así sucesivamente. Donde las historias se confunden, se entrelazan, y la propia ficción no te permite tomar el distanciamiento, atrapa al actor cuando éste como creador pretende cambiarla.

Sarajevo esquina Montevideo es una historia de guerras, de aquí y de más allá, de las explosivas y de las silenciosas, de las nuestras de la cual huimos y de las de nuestras raíces por la cual hoy estamos aquí. Es ante todo una visión crítica del mundo hoy escrita con imaginación y poesía.

En un contexto actual de guerras lejanas, emigraciones cercanas y conmociones sociales, surge la necesidad de encontrar un puente que nos acerque el pasado y el futuro. Las miserias y grandezas humanas son comunes a dos puntos aparentemente tan distantes como Sarajevo y Montevideo”.

María Dodera

ENTRADA

Los espectadores son conducidos al lugar donde se representará El Puente. Todo está en penumbras. El Camarógrafo los filma, de uno en uno. Se escuchan sonidos de tiroteo, a veces tiros aislados, otras ráfagas. Algún que otro fogonazo. Ningún grito humano. Nada. Silencio, balas y el ruido al mango de monitores 'en nieve'. Mientras llegan y se instalan, se escuchan algunos diálogos de los personajes.

BORA –Hay una sola forma de cruzar este río...

DOCTORA –Así me gusta, Bora. Suave.

BORA –¿Qué está pasando allá afuera?

DOCTORA –Se están matando, se están violando; es una orgía.

BORA –Me gustan las orgías.

DOCTORA –A mí también.

BORA –Hay una sola forma de cruzar este río...

LEJLA –Sos tan tierno, Glig.

GLIGORIC –Sos tan dulce, Lejla.

LEJLA –Te voy a extrañar.

GLIGORIC –Voy a llevar la foto en que estamos juntos, siempre.

LEJLA –Y yo voy a quedarme con tu olor.

BORA –Hay una sola forma de cruzar este río...

BORA –Estás caliente hoy, linda.

DOCTORA –¿Así se hacen los puentes, Bora?

BORA –Así, cruzando sangre cristiana con sangre musulmana.

DOCTORA –Sangre infiel, entonces.

BORA –Y rica, como vos.

DOCTORA –No acabes, por favor.

BORA –...

BORA –Hay una sola forma de cruzar este río...

LA CONSTRUCCIÓN

El ruido de los monitores baja a cero. Se enciende un foco, leve, sobre Bora/Actor, quien está solo en el escenario, cercado por alambres de púas. Suena música gitana, suave. Las luces son tenues, alumbrando en esta escena el rostro de Bora/Actor, quien va construyendo un extraño puente con maderas.

BORA –Hay una sola forma de cruzar este río...

Pero antes de cruzarlo, de quebrar la frontera que él ha demarcado desde el principio de los tiempos, es preciso plantearse para qué cruzarlo, para qué unir las dos riberas que ahora se miran en calma.

Hay una sola forma de cruzar este río y yo, Bora Parzic, les voy a demostrar que este río, el Drina, es un río tan profundo y tan extenso como el propio océano. Aunque lo vean así, pequeño, como un hilo de agua ligera y fresca que baja de las montañas.

La única forma de cruzar este río es construyendo un puente.

ACTOR –Mi abuelo me contó muchas historias de la guerra, de los tiempos de Tito, de las noches y días en que los partisanos escapaban de los ustashas. Él escapó cruzando un puente, por eso me gustó este personaje... Bora Parzic, ya desde la primera vez que me hablaron de él. Mi abuelo escapó porque le dijo a la policía yugoslava, cuando ya había terminado la guerra, que prefería a Stalin. Él escapó desnudo y era invierno; casi queda helado después de nadar los metros que lo separaban de la otra orilla. Él hubiera deseado un puente; pero no, porque si hubiera existido, al menos uno, los camaradas del partido lo hubieran devuelto a la cárcel... Son historias de familia, dirán, y son las mismas que contaban los primeros refugiados que vinieron a Montevideo, los que escuchaban en un boliche del Cerro por onda corta las noticias de la guerra. Los mismos que no podían comprender por qué los ustashas asesinaban musulmanes, ni por qué los chetniks se aliaban con los nazis, ni tampoco por qué los partisanos perseguían a mi abuelo y a todos los que preferían a Stalin. Pero a mí siempre me interesó Tito; su personalidad, su forma de aparecer en decenas de sobremesas de familia y amigos acá muy cerca, en el Cerro... Pero eso no es lo que me importa. Yo soy actor, y ahora debería estar representando a Bora Parzic, un yugoslavo que vivió toda su vida con idéntica obsesión a la mía, la de construir puentes...

BORA –Hay una sola forma de cruzar este río...

Así lo entendieron hasta los turcos, hasta los mismísimos turcos, que extendieron su imperio gracias a los puentes... los ejércitos se movían más rápido y el comercio dejaba más dinero a Constantinopla... ésa era su razón.

Y con ese puente, aunque los cristianos lo vieron como obra de Satanás, fue que los pueblos y las lenguas comenzaron a cruzarse, que empezaron a verse como iguales.

Dije antes que iba a construir un puente... Viejo Bora, estás loco... si hoy hay miles de puentes en toda Bosnia; un viajero no se mojaría los pies si fuera caminando desde las montañas hasta la misma Grecia. Eso sí, debería esquivar las balas.

¿Para qué sirven los puentes, entonces? ¿Para qué los ejércitos?... ¡Mierda! Esto es diabólico... ¿Pero qué hacemos con el río? ¿Qué hacemos con los ríos?

Miren hacia allá; del otro lado están los chetniks, allá, en las montañas, niños eslavos que juegan tiro al blanco... Y allá, para el otro lado, están las milicias... qué raro suena... milicias. Son los musulmanes, que ahora dicen que defienden su pasado. ¿Cuál, me pregunto? ¿El del Visir o el de los austríacos? ¿El del Mariscal o el de los nazis?

Si supieran, al menos, cómo se construyó el primer puente.

ACTOR –Me emocioné cuando escuché por primera vez la historia de Bora. Él murió en un psiquiátrico en 1994, en Sarajevo, viendo cómo sus amigos se peleaban hasta morir y los barrios eran serbios o musulmanes y los francotiradores disparaban a los niños y a las mujeres desde las colinas. Él estaba construyendo su último puente, de madera, el que en su imaginación unía las dos riberas del Drina, el mismo puente que salvaría del infierno a... bueno, él murió cuando un misil de no sé qué bando hizo blanco en uno de los pabellones del hospital. Con él se fueron tres hombres más: Igor, un matemático croata que había enloquecido con la guerra; Gligoric, un adolescente serbio que había peleado por su bando hasta que sus camaradas asesinaron y degollaron a Lejla, su novia musulmana, y a toda su familia; y Peter, un esloveno descendiente de macedonios que se había vuelto paranoico...

BORA –Hay una sola forma de cruzar este río... y eso bien lo sabían las madres cristianas del siglo dieciséis.

Seguramente nunca oyeron hablar del ‘tributo de sangre’... Por capricho del Visir, cada tantos años, una cierta cantidad de niños cristianos de entre diez y quince años eran sacados de su familia para ser islamizados... Los niños eran transportados, en una larga hilera, a lomo de caballo. Y a cierta distancia de los últimos caballos se arrastraban, dispersos y jadeantes, gran número de padres y de madres de aquellos niños que les habían sido arrancados para siempre... Cuando se acercaban demasiado, los jinetes turcos, aullando, los dispersaban a fustazos. Huían entonces y se escondían en los bosques, se reunían de nuevo tras el convoy y se esforzaban por ver una vez más, con sus ojos arrasados de lágrimas, la cabeza del niño que les había sido arrebatado. Las más tenaces y difíciles de contener eran las madres. Corrían sin mirar dónde ponían los pies, desgredadas, olvidando todo lo que las rodeaba... Y así llegaban, exhaustas, hasta la orilla del Drina, que entonces sólo podía ser cruzado en una barca en la que no eran admitidas. El río las detenía. Allí esperaban, insensibles al hambre, la

sed y el frío, para ver una vez más, en la orilla opuesta, el convoy de caballos y jinetes que se alejaba y se desvanecía en dirección a Oriente...

Hubo un niño, que cruzó en esa barca, que fue robado de sus padres, que con los años se convirtió en oficial de la corte del Sultán. Estoy hablando de Mehmed-Pachá Sokoli, el mismo que mandó construir el primer puente sobre el Drina... el mismo que con su faraónica obra estaba buscando reencontrarse con su verdadera madre.

ACTOR –Otra vez me salí del personaje. No puedo evitar hablar de mí, discúlpenme, porque a Bora es difícil atrapararlo, aunque yo me crea la historia de ese puente y aunque mis antepasados vivieran en ese sitio que huele a guerra de tribus. Maldita guerra, sí, que trastornó a mi propia madre, que no para de llorar cada vez que le cuentan del sitio a Sarajevo... El otro día fui por su casa y me empezó a hablar de lugares y personas que le hacen mal... Toda esa mierda de la guerra. Ya les dije de las historias de mi abuelo, de sus aventuras; todo muy heroico, es verdad, pero yo nací acá, en el Cerro, en Montevideo, y hablo castellano... No sé, es difícil, pero esto de los inmigrantes nunca lo resolví y lo único que quiero es que mis hijos vivan sin tanto dramatismo... ¿El oficio de actor? No sé, tendría que pensar si continuar o no con este personaje.

BORA –Hay una sola forma de cruzar este río...

ACTOR –Ese parlamento me perturba. Realmente. ¿En qué río estoy metido yo? El único puente que conozco bien es el que une La Teja con el Cerro, y me trae lindos recuerdos, de cuando adolescente caminaba todas las noches de la mano de mi novia. Ella era descendiente de italianos del norte y vivía cerca de Plaza Lafone. Y yo vivía en el Cerro. Qué recuerdos los de ese puente, cuando ardían las gomas en las huelgas obreras, cuando la huelga general del setenta y tres... Me parece que me estoy poniendo medio bolche, o no... tal vez es hora de entender que cada puente tiene su propia épica.

BORA –Hay una sola forma de cruzar este río... claro que sí, y después de la barca vino el puente. Y en el medio siempre el rumor de las aguas, de las gentes del pueblo...

Entre los cristianos que trabajaban como esclavos siguiendo la orden del Visir comenzó primero a circular el rumor, que después se extendió a toda la ciudad: el hada de las aguas destruiría por la noche el trabajo hecho el día anterior. Pronto empezaron a ocurrir desperfectos inexplicables en los diques, y las herramientas desaparecían. También se pudo observar que en los trabajos del suelo se abrían grietas penetrando el agua por ellos.

Así era el rumor y tales eran los hechos. Tanto los turcos como los cristianos se encargaron de propagar las noticias. Los cristianos se regocijaban de todo corazón, murmurando en silencio y disimuladamente. Los turcos de la zona, que al principio contemplaban orgullosos la obra del Visir, empezaron a guiñar el ojo con desprecio

y a hacer con la mano señales de desánimo. Muy pocos creyeron entonces que algún día el puente estaría terminado.

ACTOR –El hada de las aguas, ¡qué leyenda tan ingeniosa!... Me imagino a Radislav, el cristiano, el que propagó el rumor, hablándoles a los campesinos todas las noches de su invención. ¿Cómo sería Bora? ¿Así?

BORA –Hay una sola forma de cruzar este río y debe ser en la barca, como lo fue desde siempre. “Hermanos –les repetía Radislav a sus compañeros de penurias en la construcción del puente–, ya hemos soportado bastante, tenemos que defendernos. Lo que están tramando es nuestro exterminio. Los indigentes y los cristianos no tenemos necesidad de un puente. Son los turcos los que lo quieren. Nosotros no desplazamos ejércitos, no tenemos grandes negocios y con la barca nos basta. Algunos de nosotros nos hemos puesto de acuerdo para, en las noches oscuras, echar abajo y deteriorar, en la medida en que nos sea posible, lo que haya sido construido. Y haremos correr la voz de que es un hada la causante y de que no permitirá que se alce un puente sobre el Drina. Ya veremos si esto da resultado; no tenemos otros medios a nuestro alcance, pero es preciso hacer algo”.

Y fue Radislav, el que tocaba la guzla en las noches, alrededor del fuego, el que hizo temblar la obra de Mehmed-Pachá. Y fue él mismo quien salía cuando todos dormían a hacer su obra, provocando que el hada de las aguas fuera real. Y fue la ira de los turcos la que hizo crecer el rumor, la que generó una feroz cacería que culminó con el arresto de Radislav y su posterior muerte.

ACTOR –¿Quieren saber cómo murió? La primera vez que supe de esa historia, leyendo el diario de Bora, sentí repugnancia pero también un poco de placer morboso, debo confesarlo. Iba en un ómnibus y no podía parar de leer... Lo peor fue que cuando llegué a casa, impresionado, estaban mi mujer y unos amigos preparando la comida... esperando al experto en ensartar el pollo en el spiedo. Era yo, debía empalar al pollo, de la misma manera que hizo el verdugo con aquel pobre cristiano.

BORA –Hay una sola forma de cruzar este río... Y esa noche Radislav no llegó a cruzarlo cuando los guardias turcos lo sorprendieron en sus ilegales tareas nocturnas. Durante horas lo torturaron, más precisamente hasta el mediodía, para que el pueblo viera cómo terminaban los que se atrevían a sabotear la magna empresa del Visir.

Era domingo y en domingo se trabajaba en el puente como en cualquier otro día, pero en aquella ocasión hasta los vigilantes estaban distraídos. Todo el mundo estiraba el cuello y se ponía de puntillas para ver al hombre que había organizado el complot y la resistencia, y que se había atrevido a sabotear las obras. Nadie vio al plevliak darle seis grochas al verdugo por su trabajo, ni oyó prometerle otras seis si mantenía con vida a Radislav hasta el atardecer.

A cada dos martillazos, el verdugo se detenía un momento y miraba el cuerpo en que el poste se iba introduciendo. Todo era lentitud y mesura. El cuerpo del campesino, con las piernas separadas, se convulsionaba; a cada mazazo, la columna vertebral se plegaba y se encorbaba, pero las cuerdas atadas a sus piernas y brazos mantenían la tensión y obligaban al condenado a enderezarse. El silencio era tal en las dos orillas que podía distinguirse con claridad el sonido que producía el mazo al golpear el poste, y además una especie de chirrido insólito, que no era un gemido ni un lamento. El verdugo, cada dos martillazos, se dirigía al cuerpo tendido y se inclinaba ante él, examinando si el poste avanzaba en buena dirección y cerciorándose de que ningún órgano vital estuviera herido. Durante un momento cesaron los mazazos. No había quien no sintiese temblar sus piernas; los rostros palidecían, las manos se quedaban heladas. El verdugo observó que en el vértice del homóplato derecho de Radislav los músculos se ponían tensos y la piel se levantaba. Allí mismo practicó una incisión en forma de cruz, por allí salió sangre a borbotones y luego de dos o tres mazazos apareció la punta del poste que había ensartado definitivamente al cristiano, que todavía estaba vivo, desangrándose y sin ningún órgano roto, como había ordenado el plevliak.

Así nació el maldito puente, el maldito primer puente.

ESPEJOS

Diferentes secuencias en las que se desdoblán Bora/Actor/Gligoric y Doctora/Lejla. Aparece también la Madre. El Camarógrafo aparece en contraescena filmando al público y en los monitores aparecen imágenes en vivo, como espejos, trabajadas con filtros que las distorsionen.

DOCTORA –¿Cómo pasó el día, viejo Bora?

BORA –Bien.

DOCTORA –Ya veo.

BORA –¿Qué?

DOCTORA –Digo, que por lo menos se decidió hoy a mover un poco las manos... ¿Qué se supone que es eso?

BORA –¿Qué, Doctora?

DOCTORA –Vamos, viejo, esas maderas.

BORA –Ah, usted habla del puente.

DOCTORA –¿Cuál puente?

BORA –El que une y separa. El que me saca del infierno y me vuelve a poner en el infierno... ¿Cómo está afuera?

DOCTORA –...

BORA –¿Cómo está afuera?

DOCTORA –Más locos que acá adentro... Prefiero que siga con lo del puente.

BORA –No me mienta. Hoy los chetniks de mierda no han parado de bombardear la ciudad.

DOCTORA –Vaya novedad.

BORA –¿Cómo está afuera?

DOCTORA –Por favor, se lo pido. Hábleme del puente.

CAMARÓGRAFO –Nos pagan para ver lo que los demás no quieren ver... Me hizo reír Julio con lo que dijo ayer en el hotel. Tiene razón. Alguna vez me puse a pensar en eso. ¿Dónde? En Beirut... Sí, yo era más inocente. Todavía estaba la francesa aquella, la renga. ¡Qué pelotas que tenía la mina esa! Se metía entre las

balas para avisarles a los palestinos que venían los tanques. Uno de esos días fue mi primera vez. Un soldado judío. Se había rezagado. Lo seguí con la cámara. Lo agarraron entre tres, de sorpresa, le pegaban con piedras, le sacaron el fusil y lo remataron en plena calle. Lo vi con mis ojos, con éstos. Yo llevo los ojos, no como Julio que escribe. Yo sí que tengo que estar ahí, buscando entre la mierda. Acercarme. A mí sí que me pagan para ver lo que los demás quieren ver... en sus casas.

ACTOR –Pero, mamá, no podés ponerte así, es una guerra que está lejos.

MADRE –...

ACTOR –Se me parte el alma, mamá, no puedo verte así. ¿Por qué no aprovechás para salir y llevás a tu nieto al cine, que está de vacaciones?

MADRE –No entendés, hijo, no entendés.

ACTOR –Sí, claro que entiendo. A mí también me pega, pero estamos acá, hace cincuenta años que estás acá, en esta casa, en este barrio. Además, la televisión está agrandando todo. O sufriste cuando murió Tito, o con las matanzas de contrarrevolucionarios. ¿Nunca oíste hablar de la cárcel de...?

MADRE –¿Qué decís?

ACTOR –Lo que decía el abuelo. ¿O no era que a él lo persiguieron los propios partisanos?

MADRE –Vos no sabés nada. No te metás, por favor. Tu abuelo, que en paz descanse, era joven y no sabía lo que hacía. Y Tito... No lo ensucies, por favor, con toda esa mierda imperialista que te pusieron en la cabeza.

ACTOR –Se cayó el Muro, se pudrió Yugoslavia... madre.

MADRE –...

ACTOR –Tengo que contarte una cosa.

CAMARÓGRAFO –Sí, la francesa estaba un poco loca. Así la quedó; se la cobraron unos judíos de civil que sabían lo que hacía y hacían el trabajo sucio. Era un juego peligroso. Con el oficio se aprende a no meterse más que lo necesario. Yo no voy a cambiar la historia. La estoy mirando. Pero de vez en cuando hace bien decirle a la gente que se vaya, que se le viene la guadaña encima. Julio es especialista en eso. En la ciudad es más difícil porque se pelea calle por calle, se batalla metro a metro, pero cuando vamos al campo y ves esas

casitas donde la gente está como si nada... el tiempo está detenido. Te sentís obligado. El otro día, cerca de una aldea, le advertimos a una niña musulmana que sabía algo de inglés que ella y sus padres se fueran, que los chetniks estaban a pocos kilómetros. El padre gritaba, negaba con los gestos. Se quedaron. A la vuelta encontramos la casa incendiada. Esa vez no quise mirar. Por eso es que no hay que involucrarse demasiado. Se te vuela la cabeza.

DOCTORA –¿Y usted cree que los turcos estamos cobrando ahora por la sangre de los cristianos que murieron hace cinco siglos?

BORA –No dije eso, doctora.

DOCTORA –¿Y entonces?

BORA –Sólo hablo de los puentes, de los que se construyen y de los que se destruyen.

DOCTORA –Está difícil de seguir esta tarde, viejo.

BORA –Entonces dígame mejor por qué no me quiere contar qué está pasando afuera.

DOCTORA –...

BORA –Algo le pasó, doctora, ayer estaba más tranquila. Cuénteme, estamos en confianza.

DOCTORA –Es horrible.

BORA –¿Qué?

DOCTORA –Lo de Gligoric.

BORA –¿Qué le pasó a nuestro punk de sangre serbia? Si está allá, dormido, en paz. Por lo menos tuvo la valentía de pasar por loco para no tener que estar matando gente por ahí.

DOCTORA –No se lo vaya a decir.

BORA –¿Lo qué? Está misteriosa hoy, doctora.

DOCTORA –¿Usted tampoco sabe? Vino su madre, llorando desesperada, la pobre. Parece que degollaron a la familia de la novia de Gligoric.

BORA –¿De la bella Lejla?

DOCTORA –Sí. Y a ella también.

BORA –Sigo con los puentes. ¿Conoce la historia de las inundaciones del Drina?

DOCTORA –No, espere, tengo que desahogarme.

BORA –¿Y para qué cree que vine a este hospital? Para no enterarme de nada.

DOCTORA –Pero... Bora, comprendame. Es que no sé qué hacer.

BORA –Construya puentes, entonces.

CAMARÓGRAFO –¿Si tengo miedo? Claro que tengo. ¿Si soy morboso? No sé, no lo sé. ¿Qué es lo que busco? Dinero, como todos, como los médicos, como los ingenieros, como los jugadores de fútbol. Y me tocó estar con esta cámara. Me dijeron de ir a Beirut... Sí, fue mi primera vez, ya lo dije... Me asusté. Pero justo había nacido mi hija. Era trabajo y buena plata... Me fui acostumbrando... (*Dirigiéndose al público*)... Conozco esas caras, ¿saben? Son las mismas que encuentro cuando llegamos a un lugar antes de que pase lo peor... No se preocupen. Lo peor de la guerra es el antes y el después. En el momento no se siente nada, sólo hay que salvarse, es un segundo. Lo más terrible es el pánico de la espera... O ver... Yo veo. Ustedes, por ahora, lo ven todo a través de mis ojos.

MADRE –Sí.

ACTOR –¿Qué te pasa ahora ahora, mamá?

MADRE –No tendrías que haber sido tan duro, nada más.

ACTOR –Es que no puedo verte así, tomando pastillas, deprimida todo el día por culpa de...

MADRE –¿Sabías que tengo primos en Zagreb? ¿Que vos también tenés primos en Zagreb?

ACTOR –Sí, y también sé que jamás cruzamos unas palabras con ellos. Además, ellos deben de estar bien, porque en Zagreb no pasó nada.

MADRE –¡Qué sabrás vos!

ACTOR –Madre, le tengo que contar una cosa. ¿Me va a escuchar o no?

MADRE –...

ACTOR –Me invitaron para actuar en una obra y tengo un papel difícil.

MADRE –¿Cuál?

ACTOR –De Bora Parzic.

MADRE –¿Y ése quién es?

ACTOR –Un historiador croata internado en un psiquiátrico durante la guerra.

CAMARÓGRAFO (*Hablando por celular*) –Sí, Julio... Está todo tranquilo acá en el Centro... Nada especial, tiroteos... ¿Confirmaste lo que te dijeron ayer, lo del puente?... Son las once, supongo que podemos estar ahí en dos horas... Yo voy a buscar al guía y te paso a buscar.

LEJLA –¿Por qué no te quedás en casa, Gligoric?

GLIGORIC –No puedo, Lejla, mañana tengo que presentarme ahí... No puedo más. No quiero ir, pero tengo... además no quiero que mi familia me vea como un desertor.

LEJLA –Te voy a extrañar.

GLIGORIC –Yo también. Y mucho. Pero vas a ver que va a salir todo bien.

LEJLA –Tengo ganas.

GLIGORIC –Lejla...

LEJLA –No va a ser la última vez, ¿no?

GLIGORIC –Lejla, por favor.

LEJLA –¿Me lo jurás?

GLIGORIC –Lo juro.

LEJLA –Tengo ganas de tomar toda tu leche. Ahora.

GLIGORIC –¿Y tus padres?

LEJLA –Fueron al Mercado.

GLIGORIC –Divina, lo tenías todo pensado, una buena despedida.

LEJLA –Preferiría que te quedaras.

GLIGORIC –Dejame besarte, toda, primero.

LEJLA –Espacio, Glig.

GLIGORIC –Qué linda seda.

LEJLA –¿Te gusta?

GLIGORIC –Me estoy calentando.

LEJLA –Pegame, entonces, serbio hijo de puta.

GLIGORIC –Abrite de piernas, musulmana de mierda.

LEJLA –Dale, dale, cogeme, reventame.

GLIGORIC –Vas a tener que gritar por Alá cuando te acabe.

DOCTORA –Así me gusta, Bora. Suave.

BORA –¿Qué está pasando allá afuera?

DOCTORA –Se están matando, se están violando; es una orgía.

BORA –Me gustan las orgías.

DOCTORA –A mí también.

BORA –Estás caliente hoy, linda.

DOCTORA –¿Así se hacen los puentes, Bora?

BORA –Así, cruzando sangre cristiana con sangre musulmana.

DOCTORA –Sangre infiel, entonces.

BORA –Y rica, como vos.

DOCTORA –No acabes, por favor.

BORA –...

LEJLA –Sos tan tierno, Glig.

GLIGORIC –Sos tan dulce, Lejla.

LEJLA –Te voy a extrañar.

GLIGORIC –Voy a llevar la foto en la que estamos juntos, siempre.

LEJLA –Quiero un regalo cuando vuelvas.

GLIGORIC –¿Qué querés, mi amor?

LEJLA –El último de Madonna.

CAMARÓGRAFO (*Otra vez por celular*) –Salimos ahora mismo y volveremos a eso de las ocho, nueve de la noche. ¿Podés?... Qué suerte, porque somos los únicos que tenemos la posta... Parece que los bosnios vuelan esta tarde un puente en un barrio de Sarajevo para evitar que pasen los serbios... Y todavía ningún medio tomó una escena así... Bueno, te paso a buscar en diez minutos y después levantamos a Julio, que todavía está en el hotel.

BORA –¿Se lo van a decir? ¿Le van a contar a Gligoric lo que pasó con la bella Lejla?

DOCTORA –No lo sé.

BORA –...

DOCTORA –Habíamos pensado en usted, Bora. Usted pasó por algo similar. Podría entenderlo mejor.

BORA –Ni pensarlo.

CAMARÓGRAFO –Un puente. Si tenemos ese puente van a pasar la imagen en todos los noticieros... Siempre se habla de cómo se están destruyendo todos los puentes de los Balcanes pero nunca nadie tuvo la nota... Siempre los vuelan de noche.

MADRE –¿Y cómo es ese Bora?

ACTOR –Es un tipo que vivía en Sarajevo y que vio el infierno con sus propios ojos... Es raro, se pasa todo el día jugando con maderas y pensando en el pasado. Él tiene una teoría particular con respecto a los puentes.

MADRE –¿A los puentes?

ACTOR –Sí, a los puentes que unen y separan a los pueblos. Pero no es tan sencillo tampoco. Él ama y odia los puentes. Tiene una teoría sobre la “esencialidad de los muros en las culturas modernas”. Para él, las personas, los grupos, las sociedades, los pueblos y las naciones deberían estar separados por altos e infranqueables muros. Todo eso lo concibió como parte de una nostalgia por la caída del Muro de Berlín. Dicen que fue por ese tiempo que se volvió loco.

MADRE –¿Pero es un personaje o existió en realidad?

ACTOR –No lo sé, pero prefiero creer que es un personaje, porque todo eso de los puentes y los muros me hizo acordar a la historia del abuelo... que se salvó cruzando un río y si hubiera existido un puente lo hubieran matado. No sé... todo esto me perturba un poco.

MADRE –A mí me entusiasma que te preocupe un poco la familia, hijo. Ya era hora.

ACTOR –Sí.

MADRE –Tenés que darte cuenta de dónde venís para conocerte. No se puede vivir a lo loco.

ACTOR –Pero, ¿no te parece que es bueno a veces renegar un poco del pasado?

MADRE –No. Y eso no lo diría alguien que quiere entrar en un personaje de un historiador. ¿Croata me dijiste que era?

ACTOR –Sí. ¿Por qué?

MADRE –Porque ni se te ocurra hacer un personaje serbio, hijo. Dios me libre y me guarde.

ACTOR –¿Termino con la historia de los puentes?

CAMARÓGRAFO –Para mí que lo hicieron los turcos.... Fijate en el tipo de arquitectura... Debe de tener como cuatrocientos años... Y hoy le llegó la hora... Sí, mejor hablemos de otra cosa...

DOCTORA –Sí.

BORA –¿Qué dice, doctora?

DOCTORA –Que sí, que estoy de acuerdo, que si usted no quiere contarle a Gligoric.

BORA –¿Se siente mal?

DOCTORA –¿Cómo sentirme?

BORA –Ya sé; se lo tiene que contar usted.

DOCTORA –...

BORA –Dígaselo directo.

DOCTORA –Es que no sé cómo hacer... ya no puedo más, Bora. ¿Me entiende?

BORA –Lo peor de todo es que siempre hay un poco de esperanza.

DOCTORA –...

BORA –En serio. Si no existiera la esperanza no tendríamos que ver cosas tan horribles... Doctora, cuéntemelo a mí primero. Haga como que yo soy Gligoric.

DOCTORA –No puedo.

BORA –Claro que puede.

DOCTORA –Voy a intentarlo... Pero antes, ¿cómo era eso del puente?

CAMARÓGRAFO –Si no vienen pronto a poner la dinamita se va a hacer de noche... Esperemos un poco más... Julio, el guía se quedó dormido en el auto... El susto que se va a pegar...

ACTOR –Es así, mamá. Para este Bora simplemente no habría civilización ni progreso en un mundo armónico y plagado de puentes. Y así le fue creciendo la idea del complot.

MADRE –¿Era anarquista?

ACTOR –No, simplemente un loco.

MADRE –Yo creo que estaba bastante cuerdo.

ACTOR –¿Me vas a dejar seguir?

MADRE –¿No era que querías que llevara a tus hijos al cine?

ACTOR –Bueno, termino rápido. La idea fue proyectándola de a poco en largas noches de insomnio, dibujando complicados bocetos, hasta que se la comunicó a su mejor amigo. Convencidos ambos de la necesidad de complotar contra los puentes, llegaron incluso a formar una brigada clandestina. Si bien nunca lograron destruir un solo puente, Bora prosiguió con sus cavilaciones aunque éstas fueron divergiendo en laberintos más endiablados de su pensamiento. Fue cuando estaba internado, en pleno sitio de Sarajevo, que conoció a Helena y viajó con ella en su fantasía a Praga, ciudad en la que ambos –caminando sobre el más hermoso puente– se juraron amor y también perseguirse eternamente. Ya en la cabeza de Bora surgía una y otra vez una nueva obsesión, más imprecisa pero igualmente hermética: la de “la prisión del tiempo”. Llegó en aquellos días a escribir su teoría... mientras tuvo su historia de amor platónico o no con Helena.

MADRE –¿Y quién era esa tal Helena?

ACTOR –La psiquiatra que lo atendía; a él y a Gligoric, un chico serbio que estaba en la habitación de al lado.

MADRE –Me parece que esta obra te va a venir bien.

ACTOR –Yo pienso lo contrario. Desde que me hablaron de este personaje no puedo dormir, tengo pesadillas, siento que pierdo energía.

MADRE –Voy a estar en primera fila.

ACTOR –...

MADRE –Voy a estar en primera fila el día del estreno... y ojo con que no estés. Ésta va a ser la mejor obra que hayas hecho, ya vas a ver. Y a ver si te dejás un poco de joder con el teatro del absurdo, con Ionesco y esas porquerías que no se entienden. Nunca entendí por qué siempre te gustaron las cosas frías... Es hora de que juegues con fuego, de que sientas que un personaje te queme, de que te toque el pasado... Y es hora también de que me vaya a tomar un poco de aire: si a vos, hijo, te quita energía, a mí en cambio me alegra mucho que hagas algo en serio... Ya me siento mejor. No me siento tan sola, tan lejos de casa.

CAMARÓGRAFO –Me hiciste reír ayer con eso de que nos pagan para ver lo que los demás no quieren ver... Ya sé que hablabas en serio, Julio, pero me da risa... Ustedes, los que escriben, siempre andan pensándolo todo... Yo lo único que quiero es hacer bien el trabajo y volver con mi familia lo más rápido posible...

BORA –¿Adónde va?

DOCTORA –Es que...

BORA –Tiene que ser valiente, tiene que enfrentarse a la realidad.

DOCTORA –¿Usted lo dice?

BORA –Le propongo algo.

DOCTORA –...

BORA –Un trueque... Usted hace lo que le pedí y yo le cuento algo que tengo acá, atragantado.

DOCTORA –¿Me va a contar el porqué de su obsesión con los puentes?

BORA –No, doctora. ¿Usted se acuerda de las leyendas cristianas sobre los “tributos de sangre”?

DOCTORA –Infames mentiras.

BORA –No niegue el pasado, no sea necia. Todo eso sucedió.

DOCTORA –Todo eso son inventos de los chetniks y de los ustashas.

BORA –No, querida, los turcos hicieron eso durante varios siglos y no hay por qué ocultarlo. De otra manera, otros ocultarían “tributos de sangre” más cercanos.

DOCTORA –¿Qué está diciendo? ¿Por qué tantos rodeos?

BORA –No sé, era sólo para probarla y para ver hasta dónde la historia sigue siendo la misma.

DOCTORA –...

BORA –Así me gusta, que me escuche atenta... Bueno, le voy a contar un “tributo de sangre” que me tocó vivir hace unos meses en un barrio de Sarajevo... Yo estaba viviendo cerca de unos musulmanes que habían sobrevivido en Grbavica a la limpieza étnica y que hacían trabajos forzados. El trabajo de ellos consistía en cavar trincheras y construir carreteras militares dentro del barrio. Una noche, los chetniks entraron en la vivienda donde dormían esas familias bosnias; treinta hombres, cuarenta y dos mujeres y diez niños fueron cargados y transportados al cementerio judío, uno de los frentes más activos de Sarajevo.

DOCTORA –¿Y usted qué hacía ahí?

BORA –Dejeme contar, no se apresure... Los llevaron hasta allí, en plena noche, descargaron primero a los niños y las mujeres y les ordenaron avanzar hacia las trincheras bosnias. Las ametralladoras serbias empezaron a sonar a sus espaldas y vi caer a varias de mis vecinas musulmanas ensangrentadas. Vi a una mujer muy joven y hermosa tirarse encima de su hija de cuatro años, y las vi a las dos arrastrarse hasta una cuneta, palmo a palmo entre la metralla y así salvar su vida. De ese primer grupo se salvaron seis; del segundo grupo sólo se salvó Sandra, una niña de once años, que vio morir a su madre... Los serbios se divertían, estaban borrachos, disparaban para todos lados. Aquello era una orgía de sangre, era el infierno... Yo lo vi todo desde la calle; hasta esa noche había estado encerrado estudiando, intentando esquivar de algún modo la guerra. La negaba. Pero me hice amigo de ese grupo de refugiados... me hice muy amigo de la madre de Sandra... Éramos muy amigos, ¿me entiende?... Fue por eso que seguí al camión en el que se los llevaron a todos y que vi toda la escena. Todo parecía artificial, pero no, por eso estoy aquí, doctora...

DOCTORA –¿Y Sandra?

BORA –Habitación 315. La chica de trenzas que no habla y a la que yo le regalo dibujos... Usted la conoce.

DOCTORA –¿Y bien?

BORA –Ya sabe usted todo de mí. Ahora tiene que cumplir con su parte.

DOCTORA –Yo... Yo...

BORA –¿Prefiere cumplir lo prometido o contarme algo de su vida?

DOCTORA –Yo... no sé. Bora, usted entiende demasiado todo. En este hospital todos padecen lo mismo; fobias, paranoia, depresiones... Todos, los pacientes y los médicos... Y yo me estoy quedando muda, apenas si hablo un poco con usted. Además ya no salgo, porque...

BORA –¿Sí?

DOCTORA –No, mejor le cuento lo otro... Le diría así a Gligoric, rápido: “Glig, ha pasado algo terrible. Lejla está...”

BORA –Sé que jamás harías eso.

DOCTORA –“Que Lejla está...”

BORA –¡Está qué! ¡Está qué! ¡Por favor, doctora!

DOCTORA –...enamorada.

BORA –¿Cómo?

DOCTORA –Eso, que estoy... enamorada... de usted.

CAMARÓGRAFO –Ahí vienen, Julio... Me parece que estamos en un lugar demasiado peligroso... Llévate al guía un par de cuadras para allá, que a mí me da el tiempo para meterme en ese edificio y sacar tomas desde ahí... Por esa ventana lo voy a tener todo... Nos vemos en un rato.

EL BAILE

Actor/Bora/Gligoric está solo. Después aparecerán en escena Doctora/Lejla, la Madre, el Camarógrafo y Sandra. Y los músicos.

ACTOR –Sé que estás en la primera fila. Sé que estás ahí, madre... Todo está por terminar... La obra, claro. Esta obra. El puente va a estar roto. Definitivamente roto. Igual que Bora. Igual que mi abuelo, tu padre. *(Al público)* Señores: esto es ficción, ficción sobre ficción. Una historia dentro de otra historia... Ya se lo dije a mi madre y se los digo también a ustedes: acepté el personaje porque tiene mucho de mí. ¿Qué se preguntarán? No se adelanten. Por eso, porque me gusta la ficción, sé que se puede cambiar, tocar el papel, cambiarlo, transformarlo. Soy actor y soy Bora. Por eso, ahora, antes de que todo termine, quiero hacer un festejo. Sí, un festejo. Una gran fiesta. ¡El casamiento de Lejla y Gligoric! Que para mí es el casamiento de mis abuelos, porque lo pudieron hacer aunque lejos de su patria, porque pudieron escapar. Y sé que siempre quisieron hacer una fiesta a lo grande. ¡Qué entren los músicos! ¡Que entre la novia!

Entra Sandra llevando una gran torta, seguida de los músicos y el camarógrafo registrándolo todo.

SANDRA –Viva los novios.

Toma a la Madre de un brazo y la saca a bailar.

MADRE –Me gustan las fiestas. ¿Tú quién eres?

SANDRA –La madrina.

ACTOR –Y yo soy Gligoric, madre. Disfrutemos de esta fiesta.

MADRE –Dijiste... que era... la fiesta... de tus abuelos.

SANDRA –Dijo eso... y dijo también que usted era la invitada especial. Bienvenida a casa, a su verdadera casa... ¿Quiere ver a la novia?

MADRE –Por supuesto... Y quiero que esto no termine más... ¡Qué regalo, hijo!

Sandra trae a la novia –Lejla– vestida de negro. Todos bailan, ríen y la escena desemboca en una bacanal. La escena de fiesta se va transformando en el campo de batalla. Bora y Lejla mueren y son filmados por el camarógrafo. Sandra corre asustada y sienta a la Madre en su butaca, en la primera fila. Los músicos siguen tocando hasta el final. El camarógrafo persigue a Sandra por toda la casa y ella le hace gestos ingenuos, casi obscenos.

SANDRA –Yo les dije. Yo les dije. Les dije muchas veces que nos fuéramos. Tenía pesadillas. Sabía que venían. Pero insistían... ¿Te gusta así? Sabés que me gustaría ser *top model*... Yo les dije y no me creían, decían que todo se iba a arreglar, que la guerra nunca llegaría... No sé, también me gustaría ser actriz, ¿por qué no? O bailarina... Yo les dije... Estoy aburrida... Yo les dije... Estoy triste... Muy triste... Estoy flaca... Muy triste...

MADRE –Yo también estuve triste. Largos años. No vi la guerra. La sentí por mis padres. Y por las cartas de los parientes desde allá, desde Yugoslavia. Sentía la tristeza en mi padre cuando leía esas cartas que leía después de que mis hermanas y yo nos dormíamos. Yo a veces lo espiaba y veía sus lágrimas. Una vez entré a la cocina y me abracé a sus piernas. Yo no tendría más de cinco años. Le dije que no quería verlo más triste, nunca más. Y él no dijo nada. Me dio un beso, me acarició la cabeza y me llevó a la cama. No me dijo nada. Pero yo sabía lo que sentía. Y años después, cuando... No puedo volver a eso. Lloré, lloré muchísimo, y fue mi hijo, mi único hijo, el que me veía llorar y preguntaba.

Pregunta fuera de escena.

ACTOR –¿Madre?

MADRE –Sí, hijo.

ACTOR –Nada, quería decirte que te entiendo, que te entendí siempre.

MADRE –Lo sé.

LA DESTRUCCIÓN

Bora/Actor con las luces de la primera escena y las imágenes nuevamente 'en nieve'. Aparecen el Camarógrafo, Sandra y al final la Madre. La música ya es muy estridente por momentos.

BORA –Ya se fueron todos... No, algunos quedamos... Ayer las milicias perdieron el control de esta calle y hoy a última hora se retirarán por el puente... Y el ritual de siempre... Volarán el puente... Y el barrio quedará dividido en dos... Ya se fueron todos... Pero lo que más me duele es que se haya ido Helena... La perdono ya que fui yo quien le insistió para que se fuera con los demás... En la otra habitación está Gligoric... Hace un rato se tomó un frasco entero de pastillas porque ya no daba más... Y está Petar también, que ya no entiende nada, pobre... Yo me quedé porque no soporto más... Que vengan... Son todos iguales... Pero estaría mejor con Helena... Siento que está todo partido y yo no pertenezco a ningún lado... Tampoco sé qué hago aquí... tendría que estar en Zagreb, con los míos, pero ellos no se imaginan cómo se está desangrando la vieja Yugoslavia... Ellos son egoístas y están pensando sólo en ellos y en el dinero... Acá está la vida... Acá está la muerte... ¿Quién está por ahí? ¿Quién hace tanto ruido?

CAMARÓGRAFO –Estoy trabajando, señor.

BORA –¿Qué es lo que quiere de nosotros? ¿Le gusta la sangre? ¡Buitres, eso es lo que son ustedes los de la prensa!

CAMARÓGRAFO –Tranquícese, sólo estoy trabajando. Además, estamos denunciando al mundo lo que pasa acá.

BORA –Eso es todo mierda, señor... Mierda pura... Esto es una guerra y no necesitamos fotógrafos ni camarógrafos ni enviados de paz. ¿Quiere sacar la toma del año? Sáqueme de cuerpo completo... Un pobre croata poco antes de morir en un psiquiátrico... ¿Buena nota, no? Para que duerman tranquilos, con la conciencia tranquila en París o en Londres. Para que se crean el cuento de la ayuda internacional. ¿Sabe lo que es la ayuda internacional? ¿Lo sabe? Miles de muertos, campos de concentración, niños torturados, mujeres violadas, eso es la ayuda internacional cuidando que los ejércitos no se pasen de la raya y se dividan territorios. Y ustedes siempre están buscando la carroña...

CAMARÓGRAFO –¿Dónde están los demás?

BORA –Están muertos o están corriendo para ponerse a salvo... Le doy una primicia: esta tarde van a volar el puente ese que está ahí.

CAMARÓGRAFO –¿En serio?

BORA –Sí. Y déjese de sacarme fotos, que no soy un animal. Todavía estoy bien vivo.

Aparece Sandra.

SANDRA –¿Dónde hay un teléfono? Tío Bora, ¿tenés un teléfono?

BORA –¿Qué hacés acá, Sandra? Deberías haberte ido con los demás.

SANDRA –¿Para qué?

BORA –...

SANDRA –Un teléfono, por favor.

CAMARÓGRAFO –¿Quién es esta niña?

BORA –A usted qué le importa... Acá tenés, Sandra, pero mirá que está desconectado... Hace días que no hay teléfono.

SANDRA –No importa, tío... Hola, hola... ¿Mamá?... ¿Cómo estás?... Estoy en una playa, no sé si vuelvo... Sí, mamá. Sí. No quiero que me digas más que me porte bien... ¿Encontraste las acuarelas? Buenísimo, dejalas arriba de mi cama. Ah, quiero decirte una cosa, si para eso te llamé... Una sola cosa... ¿Me escuchás?... Te quiero, mamá, te quiero. No te preocupes más, estoy bien... Dame con papá si está por ahí... Hasta luego y un beso... ¡Papá! ¿Te acordás cuando fuimos al parque y me hamacabas y te dije que había puntos rojos en el cielo? Esta noche descubrí qué era todo aquello. Sangre, papá, sangre. Mi sangre. Ya no queda demasiado tiempo... No te pongas nervioso... ¿Estás llorando, papá? Tenés que ser duro. Un día te quería decir que nunca te iba a perdonar que llegaras tan tarde a casa. Pero no sé si vale la pena... Siempre supimos que andabas con otra... Papá, no importa, mamá se hizo amiga de tío Bora y ya no te extraña... No, no estoy triste, no estoy mal. Son ustedes que están enfermos, llenos de mierda, y yo soy mierda también. Todos somos mierda. Papi, te quiero... No, en verdad estoy en una playa mirando el amanecer... ¿Qué día es hoy?... ¿Miércoles?... ¿Ves el barco?... ¿Cómo que cuál barco?... Está navegando... Un besito... Bye... Hola, hola, se cortó... Bora, se cortó. Se cortó.

Sandra se va.

CAMARÓGRAFO –¿Quién era esa niña?

BORA –Ya le dije que no se metiera... ¿Puede dejarnos en paz, por favor?

CAMARÓGRAFO –Uy, mire, el puente... se están yendo los musulmanes... Seguro que lo van a volar...

BORA –¡Váyase! ¡Por Dios! Déjeme solo... Váyase a sacar su toma de mierda.

Ruidos del Camarógrafo, que se va de nuevo a contraescena.

BORA –Siempre se van... Esta noche se irá también el puente... el que une y separa... Había una sola forma de cruzar este río...

ACTOR –Había una sola forma y ya llegué hasta aquí y no entiendo qué pasa conmigo. Sé lo que le pasa a Bora por la cabeza; se sentó a morir, eligió quedarse solo porque ya no quería tener más esperanza... Los demás escaparon... ¿Cómo llegar a ese dolor? No sé, me siento mal. En serio, me siento como acorralado, siento pánico... sal en la boca... y estoy solo, como Bora. Estoy sintiendo lo mismo que cuando era niño y estaba allí, la noche que vinieron los milicos y los mataron a todos. Yo había acompañado a mi abuelo, que tenía una reunión del Partido, estaban todos hablando y había un señor que me hacía bromas. Yo tenía nueve años. Todos reían. De pronto se sintieron disparos y quedé petrificado. Todos corrían para todas partes... La balacera era interminable... me quedó grabada en la cabeza... era así... ratatatata... ratatatata... ratatatata... ratatatata... Mi abuelo me escondió en un hueco que había debajo de una escalera y me quedé ahí a oscuras sintiendo las balas y los gritos... Algunos lloraban... Nunca me olvidaré de un grito en especial, de un muchacho al que habían herido en un brazo... Fue horrible, estábamos sitiados... Pasó un largo rato así hasta que entraron y los sacaron a todos a golpes... A mí me encontraron pero no me hicieron nada... me dijeron que saliera corriendo... guacho de mierda... mejor que corras porque también te la vamos a dar... y me quedé entre unos árboles... y vi cómo los milicos pusieron a mi abuelo y otros amigos de él contra una pared... siento ese silencio... siento los gemidos de esa noche... la cara de mi abuelo mirando al cielo... uno que gritó fachos de mierda... me acuerdo de cada segundo, cada instante... yo estaba petrificado... y los fusilaron... ratatatata... ratatatata... ratatatata... Mi abuelo cayó... y lloré en silencio horas... hasta que sacaron los cuerpos y los metieron en un camión... Me fui caminando por Agraciada, el Viaducto, caminé todo el Paso Molino... el mismo camino que hacíamos con el abuelito... todo Carlos María Ramírez, el puente... el puente... el puente de siempre... estaba ahí... separando el dolor de mi familia... debía cruzar el puente para decirle a mi madre lo que había pasado... pero me quedé allí llorando, hasta que se hizo de día... Ahí me quedé dormido... Y nunca le dije nada... Nunca te dije que había visto morir al abuelo.

BORA –Había una sola forma de cruzar ese río...

Se escucha el derrumbe del puente y una última balacera.

CAMARÓGRAFO –Julio, salió todo OK... ¿Lo viste?... Vamos rápido que llegamos al central de la noche... Todavía estamos a tiempo.

+++++

FICHA TÉCNICA

Autor: Gabriel Peveroni
Directora: María Dodera
Producción Gral.: Soledad González
Actores: Iván Solarich
Susana Anselmi
Lucía Arborndo
Sergio Mautone
Damián Barrera
Cristina Sartori
Maite Burgueño
Luces y escenografía: Pablo Caballero
Vestuario: Estela Borreani
Fotografía y video: Alejandro Persichetti
Música original: Exilio Psíquico
Asesoramiento: Roberto López Belloso

FECHA DE ESTRENO: 25 de abril, 2003
TEATRO PUERTO LUNA (Montevideo, Uruguay)

GABRIEL PEVERONI

Escritor y periodista cultural nacido en Montevideo en 1969. Publicó varios libros de poesía y la novela *La cura* (Alfaguara, 1997). Actualmente prepara la edición de las novelas *Tobogán blanco* y *Reality chat*. Tiene una intensa producción teatral inédita, entre las que se destacan obras como *Rojo* y *Groenlandia* que han recibido menciones en concursos locales. Con la obra *Sarajevo esquina Montevideo (El Puente)* recibió una mención en el Premio de Dramaturgia del MEC (2002) y fue finalista del Premio Casa de América de España (2002).